

## XII

De Maistre ha redactado en Petersburgo, sobre el borde de la mesa de un reverendo padre, el código negro de la humanidad. Maquiavelo había escrito *El Príncipe*, bajo la inspiración, todavía reciente, de César Borgia. De Maistre escribió *El Papa*, que es su tomo segundo, bajo el dictado de Loyola. En él ha vomitado su alma entera, y no se sabe qué admirar más, si la bajeza, ó la audacia que ha desplegado en su teoría del hombre humillado ante la doble tiranía del crucifijo y del sable.

Si un hombre reina, así se llame Nerón, ha dicho él, es Dios quien reina por él y con él, y es forzoso obedecer á Nerón, como á Dios mismo. El emperador da la orden de abrir el vientre de Agripina; y el centurión no tiene que hacer sinó pasar el dedo por el filo de la cuchilla para cerciorarse de si corta bien, y se hallará en aptitud de llenar su deber.

Que un soberano esquilme á su pueblo hasta utilizar su sangre; que le conduzca sin necesidad y sin excusa al matadero de la guerra, únicamente por ensalzar la gloria de su nombre con un monumento de humo, que se llama una

victoria, el rebaño no debe sinó encorvar humildemente la cabeza y tender el cuello para el sacrificio: "tiéndete allí y guárdate de balar, que el amo podría oír, y esto le molesta, porque prefiere digerir en paz.»

Que un monarca en busca de distracción deje caer, desde la altura de su carroza, su mirada sobre una joven que tiene la sinrazón de ser demasiado bella, y diga una palabra al oído de su proveedor en jefe, decorado con el título de chambelán, que haga de ella, enseguida, una de sus noches de orgia, y que por la mañana la haga poner en la calle, como un pingajo de mujer, para que cualquier pasante la arroje con el pié á la corriente del arroyo, el padre no tiene más arbitrio que dar gracias á Su Majestad por haberse dignado elevar á su hija al honor de la gracia real.

Un hombre se aproxima un día al altar; se quita el guante de su mano derecha, con el fin de colocar ésta sobre un libro: es un rey que se dispone á dar una Constitución á su pueblo; y delante de todos y en voz solemne, les presta juramento de fidelidad, garantido por el Evangelio; y otro día, mientras ese pueblo duerme bajo la fe de su augusta palabra, ese mismo hombre alejado de la sombra de su palacio, y á la cabeza de su guardia, rasga la constitución que había jurado respetar, y arroja al viento sus más pequeños trozos, que recojerá el que más osado parezca.

Ese pueblo no tiene ya más remedio que combatir, ó hundirse en la ignominia; y cuando al marchar con el pecho descubierto para defender contra la insurrección de un golpe de

Estado, más que su propiedad, más que su vida, para salvar su libertad y su dignidad, el cartucho coronado le contesta con descargas por pelotón, y con cargas de lanceros.

¡Un perjurio ahogado en una carnicería! «¿De qué sirve ocuparse de eso? El confesor arreglará el asunto,» ha dicho un obispo.

Y ¿en qué momento hablaba de Maistre en estos términos? En el momento en que los acontecimientos clamaban contra su teoría. El no tenía más que abrir la ventana y volver la vista sobre Europa: la monarquía de cada uno de los Estados no ofrecía por todas partes sino una celda de Charentón.

¿Quién acababa de reinar en Rusia? Un loco de cuya razón no pudo juzgarse sino con un lazo corredizo de servilleta. La deposición era una necesidad, pero la muerte era una cochinería, ha dicho Beningien.... Y de Maistre respondió: «El fué sin embargo uno de los siete marranos.»

¿Quién reinaba en Suecia? Un loco de atar. Debió habersele puesto la camisa de fuerza, pero se contentaron con conducirlo á la frontera.

¿Quién reinaba en Inglaterra? Un loco rematado; de tal manera que el Parlamento tuvo que confiar al príncipe de Gales el interregno de la monarquía.

¿Quién en Sicilia? Un aventurero enfermo de una insolación y galvanizado por una reina lujuriosa.

¿Quién en Prusia? Un monarca borracho, según afirma de Maistre, incapaz de gobernar, y que daba á su esposa las riendas del reino.

¿Quién en Cerdeña? Un imbécil que creía que el arte de gobernar era rezar el rosario.

Y en Francia ¿quién reinaba? El más loco de todos, tanto más peligroso, cuanto que era reputado generosamente como un hombre de genio. El sabía hacer sonar sus botas á la gínetá, y cuando marchaba se oía su paso de uno al otro extremo de Europa: ha mentido mucho, batallado más, y matado con exceso: ha paseado quince años consecutivos el caos de una cabeza en desorden sobre una calzada de cadáveres de seiscientas leguas de extensión, y la multitud maravillada de tanta pólvora quemada y tanta carne en putrefacción, gritaba: «¡Viva el emperador!» y le proclamaba Grande, con inscripción de este epíteto sobre un montón de cañones fundidos en forma de columna.

¡Grande! dice; pero ¿por qué? ¿Cuántos hombres han muerto? Cuatro millones á lo más, ¿no es esto? Pues yo lo desprecio; el cólera tiene todavía más genio.

Ahora bien, Dios representado en la tierra, según la doctrina de de Maistre, ó por un loco, ó por un tonto, ó por un simple, ó por un ebrio: y un pueblo entregado con ligaduras de piés y manos á éste, podría tal vez ofrecer un caso algo embarazador; pero no es solamente la demencia, la estupidez ó la embriaguez las que pueden reinar por derecho de primogenitura, ó con el número de orden de la dinastía, que también pueden hacerlo la intemperancia llevada hasta la crápula, como en tiempo de la Dubarry.

¿Habrá pues de ser forzoso arrojar una nación como pasto á una bestia bruta, ó embru-

tecida por el vicio, para que pueda, impunemente, arruinarla en todo sentido, ó á lo menos podrirla como estiércol, sin razón, y sin excusa que justifique de alguna manera á ese puercito real, sólo porque su madre haya tenido el honor de darlo al mundo al estampido del cañón?

De Maistre ha previsto la objeción. El sabe que un rey loco tiene necesidad de un tutor, que un rey criminal necesita un guardián, y este tutor y este guardián los encuentra en Roma en la persona del papa, á quien constituye rey de los reyes en provecho de los soberanos como igualmente de sus vasallos. Si el monarca reina mal, el papa lo reconviene; si aquél continua, éste lo excomulga, y si, en fin, persevera, el papa lo depone. Pero ¿quién reconviene al papa mismo, y quién lo excomulgara ó depondrá en caso de otro Borgia?

Cuando se lee este libro que ha tardado ocho siglos para salir al público, diríase que se presenta el espectro de Gregorio VII salido del escotillón de su bóveda, y que vuelve el ojo cóncavo de su cráneo vacío para buscar con la mirada, al través del espacio, un mundo para siempre desvanecido en la oscuridad del siglo XII.

¿Creía, acaso, de Maistre, seriamente, que los soberanos de Europa irían presurosos, al eco de su voz, á poner su corona en el monte de piedad del Vaticano, y á pedirle en préstamo con ese gaje, un suplemento de sabiduría? Cualquiera que fuese el grado de su fanatismo, no es posible que haya podido formarse friamente una ilusión sobre esta operación de nigroman-

cia. Pero á él le tocaba tributar todo honor á la tesis favorita de los jesuitas: "el rey absoluto en su reino, el papa absoluto en la Iglesia con su derecho de alta policía sobre los demás Estados. Este soñador envejecido procuraba levantar el viejo edificio católico con todas sus piezas, sus instituciones, sus fuerzas, sus armas, sus tropas regulares y sus vanguardias de congregaciones, para rodear á Roma de una triple y cuádruple cintura de fuertes separados llamados conventos, y defendidos por guarniciones de capuchinos, cartujos, trapistas, etc.

El estado monacal era, para este hombre ciego, el ideal del cristiano, y para escribir una página en su libro se despertaba sobresaltado, y como herido por un rayo interior, oía tronar dentro de sí una voz de lo alto, y era preciso que inmediatamente repitiera las palabras que se le confiaban. "¿Quién me responde, decía él, que yo viviré mañana? Quiero escribir un pensamiento que se me ocurre con motivo de la esclavitud"....

¿Cuál es ese pensamiento que se agita en su pecho con tanta vehemencia, y que tiene el temor de que quede postergado á su muerte? Hélo aquí:

"El estado religioso, escribió él, es *la esclavitud ennoblecida*. A la institución antigua, útil en su esencia bajo numerosos conceptos, este estado trae consigo una multitud de ventajas."

¿Cuáles? decidlas.

"Someter el monje á la vigilancia de una persona elegida."

Esa elección implica otro monje, y podría escogerse otra mejor.

«Declararlo libre hacia los otros, con los cuales no tendrá ya más que relacionarse.»

Libre, sí, pero como el prisionero que una vez bajo las verjas de su prisión no tiene ya más que tratar sinó con su carcelero.

«Expeditarlo para subyugar las voluntades, todas las veces que pueda, sin *degradar* á los dominados.»

O lo que es lo mismo, todas las veces que se degrada, sin degradar.

«Hacer, en fin, á la sociedad un servicio apreciable, descargándola del cuidado de vigilar á estos hombres, de darles ocupación y sobre todo de pagarles.»

¿No se diría al oír semejante aberración que la sociedad está compuesta de mendigos ó dependientes, que no harán otra cosa que tender la mano á cuantos pasan para pedir una limosna ó las migajas del poder?

Luego el servicio inestimable que de Maistre pretende hacer á la sociedad es desembarazar á nuestros semejantes de toda la porción sagrada de su sér, de su libertad, de su personalidad para arrojar después ese fragmento de hombre en la rejada jaula de un convento.

¡A qué grado de materialismo es preciso que hayamos descendido, para que un espíritu visionario que pasa su tiempo en correr tras sombras elucubraciones, haya podido tan fría, tan resueltamente, al esplendoroso sol del siglo XIX exponer esta doctrina de castración del alma humana, mil veces más abominable que la del Cantor de la capilla Sixtina!

¿Y, qué? Si por uno de esos ventarrones de frenesí que pasan por las sociedades se viese

aparecer en Francia una secta religiosa tallada sobre el patrón de los Faquires de la India, porque creyese, con la horrible buena fe del fanatismo, que de todos los actos de devoción agradables á Dios, para llegar al estado de santidad, el más caro al Señor y el más digno de El, fuera cortarse las manos, los párpados, los labios, las orejas porque todos estos órganos son los conductores ó los agentes provocadores del pecado, y que suprimiéndolos, se evitará el pecado mismo, ¿podría encontrar acogida esta horrible aberración religiosa? Nó, que á la vista de todas esas llagas purulentas y de esos muñones sanguinolentos, se elevaría por todas partes con este grito de espanto: «es fuerza concluir con esta piedad repugnante»; y todos se lanzarían á arrancar el cuchillo de las manos de esos energúmenos que son capaces de discurrir, que nada mejor pueden ofrecer á Dios que una mutilación asquerosa de su persona.

No faltarían, quizás, individuos profundamente liberales para observar, que esa devoción de los nuevos Faquires es un acto voluntario de que no tienen que dar cuenta sinó á su conciencia, y que privarlos del derecho á destrozar su cuerpo, constituye un atentado á su libertad; pero no serían menos dignos de ser encerrados en Bicetre ó en la Salpêtrière esos defensores de la mutilación personal, como afectados de enfermedad mental ó corporal para que se les tratase, caritativamente, por medio del agua fría ó del sistema phenológico.

Pero, ¡cuántos Faquires de otro género se lanzan, de su plena voluntad, en accesos de fiebre ardiente de piedad, á la amputación ra-

dical de las facultades más preciosas del hombre, concentradas en su inteligencia y en su conciencia, como su primer honor en la tierra para obtener que renuncie por sí mismo á pensar y á querer, y que comprima en su propio sér todas las fuerzas activas de su destino, para que vuelva á caer en el estado de gelatina pasiva, inerte, encerrado en el cascarón de un bivalvo (1), al que no se ve sangrar la facultad mutilada! ¡Y como no se puede comprobar la infección de la llaga, se encuentra el fenómeno muy natural, se le admira en caso de necesidad y se concluye, después de todo, con hablárenos de espiritualismo!

Hay en el mundo dos clases de malhechores: unos de hecho y otros de espíritu. Los primeros son los que fuerzan las cerraduras y asaltan á los pasantes; los segundos los que manejan las paradojas y siembran doctrinas que no esperan más que una ocasión para producir crímenes. De Maistre es de estos últimos, y se puede decir, sin ofensa de su memoria, que tuvo participación, hasta después de muerto, en las abominaciones de D. Miguel y del rey Bomba.

Así, cuando se leen sus libros, que son como los ecos perdidos de la San Bartolomé, se siente el estremecimiento de cólera del justiciero, y se quisiera resucitar la antigua legislación para tener el derecho de enlavar á ese criminal de la palabra en la picota, con su libro del *Papa* colgado al cuello; pero, puesto que, gracias á

(1) Molusco de dos conchas.—N. del T.

Dios, no estamos ya en aquel ominoso tiempo, es muy justo, al menos, que ese Némesis que se llama la Historia le agarre la cabeza y se la conserve sumergida en la inmensa cuba de sangre que ha hecho derramar.

Y, sin embargo, de Maistre ha sido el doctor de la grande evolución católica de que hoy somos testigos. Pío IX no ha sido sinó su ejecutor testamentario; y el *Silabus*, el libro del *Papa* escrito en latín.

La Iglesia ha hecho de de Maistre el décimo tercio Apóstol del Evangelio; ella lo edita y reedita en grueso y en pequeño volumen; ella lo recomienda y lo esparce con profusión. De Maistre corre así, y penetra por todas partes, en el rectorado, en el obispado, en el grande y en el pequeño seminario. La Compañía de Jesús lo ha tomado bajo su protección, y no hay uno solo de sus colegios en donde ella no lo ofrezca como premio, ó como libro de lectura; y en menos tiempo del que un cometa emplea en hacer su evolución, el nombre del teólogo saboyano llega á constituir la palabra de orden del clericalismo.

Sus obras son otros tantos depósitos de armas en que todos los combatientes regulares ó seculares de la Iglesia van á desentrañar argumentos ó invectivas contra la filosofía; si es en forma de sermón, es de Maistre quien lo predica; si se hace en forma de mandato, es de Maistre el que lo ha dictado. Se le creía muerto, porque su tumba estaba á la vista en una iglesia de jesuitas, pero hé aquí que un día esa tumba estalla por el medio y vuelve á vomitarlo al mundo; y no es ya, entonces, un cuerpo de hom-

bre, ni tampoco una sombra, es un culto nuevo, es el último Avatar (1) de la Iglesia.

---

(1) Nombre que los Seindoux daban á las encarnaciones de su dios Vichnou.—N. del T.

### XIII.

Un papa infalible había suprimido la orden de los jesuitas en 1773, porque ellos eran los trastornadores de la Iglesia; y otro papa los restableció en 1816, porque eran los más hábiles remeros de la barca de San Pedro. Cuando los jesuitas se restablecieron públicamente, después de un eclipse de cincuenta años, conocieron muy bien que una sociedad nueva había surgido en ese intervalo. La filosofía del siglo XVIII había hablado, la fe había cambiado de lugar entre los mortales, y les era preciso cambiar, á su vez, de táctica, para retener lo que quedaba aún de Catolicismo.

Era, ciertamente en apariencia, el mismo dogma, y en realidad, el mismo culto, el propio tabernáculo sobre el altar, igual campaneo á la hora de la misa, la capa misma del sacerdote, la propia fabricación de Dios en la eucaristía, igual asistencia de rodillas y cabeza humillada en el acto de la elevación: el ritual no había variado, ni en una fórmula, ni en la más leve pantomima. Sólo el creyente había cambiado, pues desde luego, no creía ya, ó creía muy poco.

La revolución francesa había deshecho el lazo de unión entre el poder religioso y el poder civil. El brazo secular no se hallaba ya á las órdenes de la Iglesia para anonadar la herejía; y el mundo mismo no era, entonces, bastante religioso para convertirse en herético; prefiriendo mantenerse en la indiferencia ó en la incredulidad.

El Catolicismo tenía, pues, que tomar un nuevo punto de partida para reconquistar una sociedad que se le escapaba cada día más, tanto por su instrucción, como por el soplo irresistible del siglo que arrastraba en su torbellino, hasta los más refractarios espíritus. ¿Qué era lo que quedaba al Catolicismo después de celebrada la santa alianza, que no fué otra cosa que la reconciliación de una hora de todas las religiones cristianas, griega, romana y reformada? Le quedaba sólo, en cuanto á personal, todo lo que no piensa ya, todo lo que no piensa y todo lo que no ha aprendido todavía á pensar, es decir, el anciano, la mujer y el niño; y sobre este triple elemento era que el jesuitismo tenía que operar para llevar á efecto la repoblación de la Iglesia.

Esta había envejecido diez siglos en cincuenta años; tocaba á su término por haber desconocido que la ley de la vida es una regeneración continua, que hace de todo cuerpo vital, un sér siempre igual, pero al mismo tiempo nuevo. El Catolicismo resucitado del osario de las Catacumbas con un lienzo ensangrentado en la mano, correspondía exactamente al cataclismo de la invasión bárbara.

La Edad Media no había sido sinó el pro-

longado *Miserere* de los pueblos, una madrugada social en que el débil no podía sinó levantar los ojos al Cielo, para buscar allí un recinto habitable. La tierra no era sinó un valle de aflicción, y la Iglesia sólo una religión lagrimsosa, en éxtasis ante un cráneo, para que, lo que se encontrase mejor, en este mundo, no fuese vivir, sinó morir. La Iglesia católica hizo, pues del hombre un cadáver movable, autorizado, todo lo más, para trabajar y orar, pero no trabajar para el mejoramiento de su existencia, sinó para expiar el pecado de su nacimiento. Ni ciencia, ni industria, ni comercio, ni nada que le fuese necesario para poder presentarse ó pertenecer á un Estado civilizado; únicamente la gleba ó la tierra sin pasto ni cultura, para que el Barón, desde la altura de su señorío, pudiese sacar el diezmo del trabajo, y el monje llenar su escarcela.

Los lobos aullan en la oscuridad de los bosques; los vientos rechinan al través de las ramas oscuras cubiertas de escarcha, y las poblaciones bloqueadas por chozas de tierra, cubiertas con paja se figuran oír el paso lejano de las legiones aéreas de vampiros y demonios. La Iglesia católica había hecho del mundo un lazareto, en que el cristiano nada podía hacer sinó gemir, golpearse la cabeza sobre una piedra, y hacer que brotase su sangre con las puntas del cilicio.

El piadoso desaseo de la gran truanería del claustro, en donde pululaban confusamente los monjes y toda clase de bichos, había refluído sobre aquella sociedad aglomerada, y producido esa infinidad de enfermedades contagiosas; la

peste negra, la lepra, la sarna, y hubiérase creído alcanzar el fin del mundo sobre un montón de basura.

El Dios más apropiado para semejante estado del alma no podía ser otro que el Cristo en cruz clavado en su madero, con la cabeza colgando sobre el pecho, la frente coronada de espinas, la herida de lanza al costado con un surco de sangre por el flanco, que tal era el Dios de la Edad Media, el Dios del sufrimiento y de la agonía. Se experimentaba cierta alegría lúgubre en besar los instrumentos del suplicio como otras tantas insignias de la Divinidad; los clavos, los martillos, las tenazas, la esponja empapada de hiel y vinagre; y desde el momento en que se contemplaba al Salvador en sufrimiento, se consideraba el creyente en intimidad más estrecha con él, por el lazo del dolor.

Un día, sin embargo, había de venir en que el hombre debía salir de esa larga pesadilla. El alma luminosa de la Grecia depositada en Constantinopla vuelve á Italia, y de allí se desborda sobre toda la Europa. Europa vuelve á posecionarse del espíritu de vida, se lanza á respirar, pensar, sentir, navegar y fabricar para ennoblecérse ó para regocijarse la existencia. Hace vela para América, aborda en Asia por la ruta del Cabo, extrae de allí oro, plata, seda, clavo, canela, café y todos los brebajes ardientes de los trópicos, más á propósito para alentarlos, que para ayunar y gemir.

No era ya posible reinstalar á la humanidad, emancipada en lo moral y en lo físico, en la antigua sala penitenciaria de una religión que sólo exigía del hombre que padeciese volunta-

riamente en interés de su salvación. El mundo había tomado el hábito de vivir, y encontraba que vivía bastante bien para tener el derecho de reconciliarse con la existencia. El raso, el terciopelo, los encajes, el salón, la ópera, la cena; en una palabra, todo lo que era, en otro tiempo, impulsado por el demonio había cambiado las condiciones del Catolicismo. San Luís podía haberse hecho antes, vapular por su confesor; pero era dudoso, entonces, que una elegante consintiese, al regresar del baile, en recurrir á ese sistema de salvación. El Catolicismo tuvo que capitular, y el jesuitismo firmó el tratado. Al Dios que ya no pertenecía á la estación del Gólgota, sustituyó, dulcemente, un Dios de composición, que no podía estar mejor preparado para conversar de amor, y hacer cambio de galanterías con una religiosa visitandina.

Había, al principio del siglo xviii, en un convento de Paray-le-Monial, una visionaria con el nombre de María Alcoque, que, desde la edad de cuatro años, consagró su virginidad á Dios, lo cual indica una imaginación precoz. Tenía bajo su guarda la borrica del convento, y no le gustaba el queso; pero Jesús, que ya la había tomado afecto, quiso que lo comiese, y ella empezó á gustarlo. El ensayo dió buen resultado; y Jesús, después de haberla aguerido bastante en el sabor del queso, la ordenó que comiese otra cosa que hubiera corrompido hasta la gamella de una marrana. La monja ejecutó esta vez, también, la consigna con la mayor humildad, y con la boca llena de excremento, exhalaba suspiros de ternura dirigidos al amante con quien quería casarse, pero á condición, to-



davía, de que la sometiese á una nueva prueba.

«Yo estaba en tanta delicia», dijo ella en su confesión que la menor suciedad me hacía palpitár el corazón. Jesús se posesionó tan fuertemente de mí, que, en una ocasión, queriendo limpiar el vómito de una enferma, no pude privarme de hacerlo con la lengua, diciendo á Jesucristo: «si tuviese mil cuerpos y mil vidas, los inmolaría al placer de hallarme esclavizada á Vos, loh mi divino esposo!»

Jesús que parecia satisfecho de la ofrenda de su esposa, visitaba con regularidad á María Alcoque, y una noche le abrió su pecho, diciéndole; «quiero hacerte leer en el libro de vida, donde está encerrada la ciencia del amor.» Y le mostró su corazón, en el cual ella vió estampada esta leyenda: «Mi amor reina en el sufrimiento, y triunfa en la humildad: hé aquí mi llaga para que hagas de ella tu morada actual y futura; pero te es necesario amar, como no sea posible hacerlo más, sin otra voluntad que la que me ofrezca el mayor placer.»

No podia hacerse una donación más completa de su persona: y después de esta declaración, Jesús pide á la monja un cambio con ella, un contacto de corazón contra corazón. María Alcoque le ofrece el suyo con arrobamiento, y ruega al Señor se sirva tomar posesión de él. Jesús lo recoge entre el pulgar y el índice y lo coloca en su pecho, y María pudo contemplar, entonces, su propio corazón perdido en el de su «amante, como un átomo en medio de un brasero.»

El Señor retiró, un instante después, este átomo ardiente, y lo restituyó al seno de la

Beata, diciéndole: «Hé aquí, mi bien amada, un gaje precioso de mi amor, que te consumirá hasta el último momento.»

María Alcoque, en prueba de reconocimiento, graba el nombre de su adorado sobre su seno izquierdo, esta llama amorosa se cierra; pero la santa enciende una vela y, con su ardorosa flama, inscribe de nuevo en su pecho el nombre de su esposo. Este no tenia ya nada que rehusarle, pues si hasta entonces, no se le habia presentado sinó en espíritu, quiso aproximársela cuerpo con cuerpo, y tocarlo conforme á la naturaleza.

«Me abrumaba con sus caricias» dice la loca de Paray-le-Monial, «como el amante más apasionado de amor.... Yo suprimo los efectos que esto producía en mí,» añade ella, «por pudor»—«Jesús» dice en otro lugar, «me dió á entender que me daría á gustar lo que El más dulce poseía de las caricias de su amor; y en efecto, que fueron tan extensas, que me ponían frecuentemente toda fuera de mí misma, y en tan profundo abismo de confusión, que no me atrevía á dejarme ver.»

Esta Ménade del claustro entregada así, como fuera, al Dios de su imaginación, se encenegaba deliriosa en el antro de los éfluvios eléctricos de su cerebro, hasta que, en fin, el torpedo interior, ya próximo á explotar, vuelve á caer enervado y vacío, sobre ella misma, y en las últimas convulsiones y los postreros espasmos de una lubricidad mística, rinde las armas hasta cierto punto, y exclama al mismo tiempo triunfal y dolorosamente. «Suspended, ó Dios mío, estos torrentes de delicias que me anonadan,

ó aumentad mi capacidad para recibirlos.»

El celeste amante más y más enamorado de su querida, porque comió excremento y bebió aguas inmundas, hizo de ella su legataria universal ante notario; la elevó hasta el rango de mediadora entre el cielo y la tierra, y la trasfirió su misión de Mesías; pues bajo su dictado fué como ella escribió un quinto Evangelio en que reveló al mundo la nueva encarnación de la divinidad en el *Sagrado Corazón*.

¿Qué era en realidad el culto nuevo, sinó el antiguo culto de Pallas, disfrazado sin duda y colocado en el piso superior para ostentar la delicadeza de un misticismo refinado que nada quiere oír sinó con la condición de que se hable en el idioma ya convenido? Penetrad en el fondo de ese culto, y ¿qué encontraréis?

Cuando el arzobispo Scipión Ricci preguntó á una religiosa inflamada de Prato, porqué había hecho un uso obsceno de la hostia consagrada: «Es,» respondió ella, «porque yo creía en la presencia real.»

¿Quién era, empero, el confesor de María Alacoque? Era un jesuita, el reverendo padre la Colombiere. Y ¿qué pasó entre esa mujer histérica y ese celibatario fermentado? Sólo el Dios de las sombras puede saberlo.

La devoción del *Sagrado Corazón*, esta exhalación insana de un desorden sexual, repercutida en el cerebro de una mujer visitandina, tenía en el pensamiento de la Compañía de Jesús, una adhesión íntima con el culto de María. El *Sagrado Corazón* de la Virgen, iba, muy pronto, á ocupar un lugar fronterizo al *Sagrado Corazón de Jesús*.

## XIV

El Dios cristiano es un Dios en tres personas. El Padre no es ya, á decir verdad, sinó un Dios honorario, porque ni se le tributa culto, ni se le erigen, siquiera, capillas: el Espíritu Santo no figura, sinó por memoria en la Trinidad. El Cristo concluyó por acaparar la Iglesia, y tiene, con justo título en nuestra opinión, sobre Jehová la superioridad del Evangelio sobre la Biblia. La Biblia recortada; el Evangelio alargado. La primera, con la talla de la Judea; el segundo, con la de la humanidad.

Tal sociedad, tal religión. El hombre ha hecho siempre á Dios, á su imagen. A una sociedad agonizante que no aspecta vivir sinó para sufrir, le es necesaria, como hemos dicho, un Dios que, por sí mismo, haya sufrido; y bajo este concepto, el Cristo en la cruz convenía á la Edad Media; pero no era conveniente, de la misma manera, á la sociedad moderna que habia hecho del trabajo, otro redentor, y del bienestar, otro paraíso.

El jesuitismo ha sentido la necesidad de desarrollar el dogma del siglo XIII, acomodándolo á una cristiandad enriquecida que está ganosa